

de su cruz presenciaron la victoria:  
ya la adoran con tiernos corazones,  
sus vanos simulacros, confundidas,  
desprecian y se miran ya erigidas  
aras inmaculadas,  
do hostias cándidas son sacrificadas,  
á par de nuevos cánticos que entonan.  
No hay gentes ni regiones escondidas  
á los héroes de Cristo: ellos pregonan  
su triunfo, y por doquier el eco suena:  
ni hay lengua que no entienda y aperciba  
su voz que el orbe llena,  
su voz que siempre enciende en llama viva.  
Por los desiertos de la Libia ardiente,  
por los pueblos flecheros,  
del Septentrión al Sur, de Ocaso á Oriente,  
de Jehová mensajeros,  
corren, vuelan, enseñan, iluminan;  
el sacerdote, el mago, el ignorante,  
el filósofo, el príncipe arrogante,  
oyen, aprenden, arden, vaticinan.  
De las virtudes el virgíneo coro  
ante ellos va risueño y presuroso,  
y un siglo nacer hace venturoso  
aun más que aquel feliz mentido de oro.  
El rubor encendido,  
la sencillez amable,  
y la fe conyugal en lazo unido  
se ven, que la concordia unió hermanable.  
Hé al séquito triunfal y formidable  
entrar en Roma altiva y opulenta;  
hé al espíritu Dios, que el domicilio  
fija en ella y la da perenne auxilio:  
ya callaron sus vates;  
descendieron al orco sus Penates;  
y, poniendo la planta acá en el suelo,  
alza la Religión su frente al cielo.

## APENDICE

## Indice biográfico de la época

---

El siglo XVIII fué, dentro de los límites impuestos por el régimen político de la colonia, acaso el siglo de mayor esplendor intelectual autóctono que ha tenido México. En los siglos XVI y XVII, si bien el país produjo un grupo de grandes ó interesantes figuras (Juan Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz, Carlos de Sigüenza y Góngora, Chimalpaín, Ixtlilxóchitl, Tezozomoc), la vida intelectual era dirigida por europeos. México, lo mismo que el Perú, fué civilizado, gobernado y visitado por personajes insignes, memorables algunos en la historia intelectual de España: Fray Bartolomé de Las Casas, Vasco de Quiroga, el el Arzobispo Zumárraga, Francisco Cervantes de Salazar, Fray Alonso de la Veracruz, el Dr. Bartolomé Frías de Albornoz, Fray Bernardino de Sahagún, Fray Juan de Torquemada, Gutierre de Cetina, Juan de la Cueva, Eugenio de Salazar, Mateo Alemán, Bernardo de Valbuena, el Obispo Palafox.....

El siglo XIX, en México, no ha sido inferior en talento puro al XVIII; pero tal vez lo ha sido en el saber, en el trabajo intelectual acrisolado. La vida pública—carrera de pocos bajo los virreyes—ha absorbido las mejores energías de México en el siglo de independencia, y la labor intelectual no ha sido, para los más, sino tregua momentánea en medio á la acción política y social. Hombres como García Icazbalceta ó el Dr. Barreda, *intelectuales* puros, ajenos casi á las

contiendas del poder [aunque á la postre hayan podido ejercer influencia, como la de Barreda, en la misma vida política], han sido casos de excepción. Sólo á fines del siglo XIX, encerrada en cauce normal la acción política, iniciada la división de labores sociales, han vuelto los hombres de letras á trabajar con relativa independencia.

Los últimos años del siglo XVII—años en que brillan Sor Juana y Sigüenza—abren la época de esplendor intelectual autóctono que se extiende á todo el siglo XVIII. No fué éste, aquí, siglo de gran literatura castellana (tampoco lo fué, hablando en todo rigor, en España): los mejores poetas, como Francisco Ruiz de León, eran gongorinos retrasados. El *culteranismo* producía una que otra flor fugaz y delicada. La poesía latina, en cambio, tuvo cultivadores famosos, de los más ilustres entre cuantos en los tiempos modernos han pulsado la lira clásica: Diego José Abad, (1727-1779); Francisco Javier Alegre (1729-1788); Rafael Landívar (1731-1793), guatemalteco educado en México, cuya vida rústica describió magníficamente: todos ellos hijos de la Compañía de Jesús. Esta formó aquí y se llevó á Italia en su destierro, en 1767, á otros muchos hombres doctos, entre quienes sobresale, por su estatura de sabio, Francisco Javier Clavijero (1731-1787); tras él debe mencionarse todavía al historiador Andrés Cavo (1739-¿1795?), al teólogo Miguel Mariano Iturriaga (1728-1814), y al poeta Agustín Castro (1728-1790).

Aunque la expulsión de los jesuitas restó á México un poderoso elemento de cultura, no se estancó el movimiento científico y literario. El estudio de las lenguas indígenas continuó como siempre (á esta época pertenece José Agustín Aldama, autor del mejor tratado de lengua azteca escrito hasta entonces); la historia encontraba cultivadores, no sólo en los jesuitas, sino además en escritores independientes, como el

abogado Mariano Veytia (1718-¿1779?); ponía principio á la tarea de formar la bibliografía de México, continuada con mejor éxito por Beristáin (1756-1817), el Dr. Juan José de Eguiara y Eguren (1706-1763); abría las puertas á la filosofía moderna el felipense Benito Díaz de Gamarra (1745-1783); y las ciencias matemáticas y físicas, la jurisprudencia y la medicina, daban ocupación á hombres de singular actividad y extensa doctrina, universales y fecundos, para quienes la carrera jurídica no estorbaba el culto de la astronomía ni las matemáticas eran óbice al solaz de las letras clásicas. Observaciones astronómicas (especialmente de eclipses y de pasos de planetas por ó cerca del disco solar), determinación de situaciones geográficas, trazo de mapas, proyectos de desagües y carreteras, examen de los terrenos y las minas del país, clasificación de la flora, análisis de las propiedades curativas de plantas y animales, reglas para industrias, redacción de leyes, descripciones de monumentos de la civilización indígena—todo lo abarcaron el esfuerzo y la curiosidad científica de estos infatigables experimentadores, que agregaban á su trabajo de gabinete la publicación constante de libros, propios ó traducidos por ellos, de folletos y de periódicos (el *Mercurio* de Bartolache, las cuatro publicaciones sucesivas de Alzate). Todos eran también, cual más, cual menos, literatos, y Alzate y Mociño sostuvieron brillantes polémicas con Rafael y Bruno Larrañaga, que osaron poner sus ruedas manos en la poesía de Virgilio. La escasez de medios para el cultivo de las ciencias en México obligó muchas veces á estos trabajadores ejemplares á fabricarse aparatos para sus experiencias; pero á menudo veían recompensados sus empeños con el aplauso de corporaciones y sabios europeos. Ellos dieron comienzo á la empresa de estudiar científicamente, en conjunto, el país; de lo que hicieron dan testimonio todavía sus obras y la opinión de Alexander von Hum-

boldt y de otros menores hombres de ciencia. Si esta labor científica del siglo XVIII ha sido igualada en México durante el XIX, ciertamente no ha sido superada.

Los hombres que sintetizan ese movimiento son: el presbítero José Antonio Alzate (1737-1799), el más universal y activo, pero también el más desordenado de todos, astrónomo y geógrafo, físico y naturalista, periodista y anticuario; Francisco Javier Gamboa, (1717-1794), jurisconsulto insigne y estimado geólogo; Joaquín Velásquez de León ó Velásquez de Cárdenas y León (1732-1786), de profesión abogado, pero de preferencia personal geodesta y astrónomo, y á veces arquitecto y poeta; Antonio León Gama (1735-1802), astrónomo, geógrafo y arqueólogo; José Ignacio Bartolache (1739-1790), matemático y médico; José Mariano Mociño (¿1750?-1821), botánico y médico. Como Mociño, vivieron hasta ya entrado el siglo XIX otros tres hombres de ciencia que se enlazan con la tradición de la centuria anterior: el Dr. Pablo de la Llave (1773-1833), Juan José Lejarza (1785-1824) y Juan José de Oteiza (1777-1810).

La Iglesia contó, durante el siglo XVIII, con buen número de mexicanos estimados en la teología y la oratoria, además de los jesuitas antes dichos (López Portillo y Galindo, Vélez Ulíbarri, Rivera Guzmán y tantos más).

Por último, hubo grande actividad en las artes plásticas, pues la época era de grandes construcciones, dirigidas generalmente por europeos (como Tolsa) pero también á veces por mexicanos como Tresguerras. Continuó floreciendo, aunque más modestamente que en el siglo XVII, la escuela mexicana de pintura, con Cabrera, Alcíbar, Ibarra, Zendejas. Como observa José Bernardo Couto, la decadencia de la pintura en México coincide con la fundación de la Academia de San Carlos (1783).

Pero bien puede decirse que en todos los órdenes se inicia una decadencia á fines del siglo XVIII. La ascensión de Carlos IV al trono se señala por su influencia desorganizadora en el virreinato de Nueva España. En la primera década del siglo XIX, á pesar de la Universidad, de los grandes colegios antiguos, de las recién creadas Escuela de Minería y Academia de San Carlos, la cultura mexicana se muestra notoriamente inferior á lo que había sido treinta años antes. El desorden político, llevado al punto del desconcierto en 1808, había de traer la revolución; y México, como todos los países hispano-americanos, hubo de surgir á la vida independiente cuando la decadencia de la cultura le había restado fuerzas intelectuales de organización.

Literariamente, los primeros veinte años del siglo XIX en México son pobres, pero de grande interés por su significación social, y sobradamente justifican cuanta atención se conceda á sus producciones. Estas, por lo demás, eran abundantísimas en cantidad; y si bien para el propósito de dar idea de lo más característico de ellas bastan los pocos autores de quienes hemos escogido textos para esta primera parte de la *Antología*, el carácter histórico de la obra exige que se dé noticia de otros muchos escritores de la época que estudiamos, tanto mexicanos como extranjeros. A ese fin responde el presente índice biográfico. (\*)

P. H. U.

(\*) Las fuentes consultadas especialmente para este índice son: la *Biblioteca* de Beristáin, las *Noticias bio-bibliográficas de alumnos del Colegio de San Ildefonso*, del Dr. Osores, el *Diccionario de historia y geografía*, México, 1853-1856, el *Manual de biografía mexicana* de Arróniz, la *Historia de la Poesía en México*, de Pimentel, y *Mexicanos distinguidos*, de D. Francisco Sosa.

## MEXICANOS

JOSE BLAS ABADIANO Y JASO

Historiador.

Hijo de Zamora de Michoacán; estudió primeramente en el Colegio de San Nicolás, de Valladolid, y luego cursó Jurisprudencia en el Colegio de San Ildefonso, desde 1780. Se graduó de Doctor de la Universidad de México, de la cual fué más tarde Rector. Fué también abogado de la Real Audiencia y del Ilustre y Real Colegio, y, según el Dr. Osores, abogado de indios en lo civil ante la misma Audiencia. Según Beristáin, comenzó á escribir «una *Historia de las fundaciones útiles y piadosas* hechas en México por los españoles, y publicó algunos *cuadernos*; pero sus achaques no le permitieron proseguir la obra.» Efectivamente, el *Diario de México* anuncia, con fecha 16 de Febrero de 1811, el primer pliego de dicha obra, el cual contenía «el origen y progresos de la fundación del Convento Real y primitivo de señoras religiosas de Nuestra Señora la Purísima Concepción, de esta corte».

Al estallar la guerra de Independencia, publicó un folleto intitulado *Carta de un concolea á D. Miguel Hidalgo*; el *Diario* lo anuncia el 16 de Noviembre de 1810; no da el nombre del autor (que consta en Beristáin), pero dice que contiene «noticias curiosas é interesantes».

CONSULTAR: Beristáin; Osores.

## RAFAEL ABOGADO

Escritor religioso.

No tenemos sobre este escritor otras noticias que las que da el editor Alejandro Valdés al frente de su obra póstuma *El ateísta convencido*, impresa en 1828: había sido presbítero del Oratorio de San Felipe Neri, y había publicado dos libros pequeños, intitulados *Autoridad del Papa* y *El Cristianismo victorioso*. Se colige que el P. Abogado murió el mismo año de 28, pues Valdés dice que «prevenido de una muerte repentina, no pudo...darla (á la obra) la última mano».

El asunto del libro puede decirse que es un signo de los tiempos: en 1808, por ejemplo, no se habría concebido en México la necesidad de atacar el ateísmo, pues ni el descreimiento llegaba á extremos tales, ni, en los poquísimos casos en que pudiera llegar, se manifestaba públicamente (Fr. Servando de Mier, de suyo nada escrupuloso en puntos de religión, mencionaba como hecho de escándalo é inusitado el de que entre los covachuelos de Madrid se contaran «hasta ateístas»).

*El ateísta convencido* está escrito en forma de diálogo y consta de nueve *conversaciones*. El sistema de razonamientos es sumamente endeble: los argumentos son la *existencia del mundo*, el orden natural y la ausencia de la casualidad, *la formación de los insectos y la reproducción de las plantas, la conservación de los animales, las invenciones que suponen en el agente conocimiento y previsión* (tales como la aparición de los dientes cuando los niños dejan la lactancia, la previa formación de los ojos, la diversidad de los rostros humanos, y otras tales) y *el consenso de los pueblos*. El estilo, en cambio, es fácil aunque no correcto. Darán idea algunos pasajes: